



La madre de una niña diabética abre una batalla para garantizar la insulina en los colegios

Denuncia la falta de un criterio general en Educación para custodiar el tratamiento que necesita su hija de cinco años

AMANDA SALAZAR

MÁLAGA. Desde que comenzó el curso, Ana –nombre ficticio de la madre, que prefiere permanecer en el anonimato– ha tenido que acudir hasta en cinco ocasiones al colegio de su hija de cinco años, que tiene diabetes desde que nació, por una subida de azúcar. En estos casos, tener en el centro educativo la insulina adecuada para la niña es indispensable para evitar que estas crisis acaben en un coma diabético. Para ello, la madre tiene que llevar cada mañana el frasco con la medicación al centro escolar, situado en la capital malagueña, y recogerlo cuando la menor termina las clases a mediodía.

Pero el pasado 11 de octubre saltaron las alarmas: la insulina se había perdido. La tutora se la dio a la pequeña para que se la entregase a su madre a la salida de clase y la niña la extravió. «Afortunadamente, mi hija

tenía ese día las mediciones de azúcar entre los parámetros normales pero, ¿qué habría ocurrido si hubiese tenido una crisis de hiperglucemia?», se pregunta Ana, que asegura que no puede evitar preocuparse mientras su hija va al colegio. «No me fio de lo que pueda pasar», dice.

El problema, denuncia, es que no parece haber un criterio claro sobre lo que debe hacer el centro para custodiar un tratamiento del que depende la pequeña. «Hasta ahora no habíamos tenido problemas porque la profesora de Infantil había mostrado una gran colaboración; al pasar a Primaria y cambiar de docente, la situación es distinta», asegura Ana,

que no critica la actitud de la maestra porque entiende que supone una gran responsabilidad y tiene otros niños que atender. «No pido que le pongan la insulina ellos porque no es su competencia y requiere una inyección, solo que guarden adecuadamente el producto para emergencias», aclara. En este sentido, continúa, pensó que la directora del centro podía ser la persona adecuada. En lugar de recibirla la responsable del colegio, el centro decidió que sería la conserje la que se haría cargo. La insulina se guardaría en la nevera instalada en la sala de profesores. Pero para Ana, esto no es suficiente garantía. «No me parece que el sitio

para el tratamiento del que puede depender la vida de mi hija esté junto a los desayunos de los docentes y que decenas de manos abran y cierren sin control el frigorífico y se pueda romper el recipiente», afirma.

Falta de normativa

Ante esta situación, la madre solicitó ayer a la Delegación de Educación que fije un protocolo para la custodia de los medicamentos de los alumnos en los centros educativos. «No solo por mi hija, sino para que se aclare la situación de otros niños que puedan padecer diabetes u otras enfermedades y que tienen derecho y el deber de estar escolarizados y atendidos», señala.

La Delegación de Educación ha señalado que, efectivamente, no existe una normativa clara sobre el tema. Lo único al respecto es un informe de la Asesoría Jurídica de la Consejería de Educación de 1997 sobre la 'Obligación de suministrar los docentes la medicación a los alumnos para el caso de urgencia'. En éste se establece que existe una obligación legal de los docentes a la atención de los alumnos en caso de peligro para la salud de estos, pero que «solo será exigida cuanto corresponda a la diligencia propia de su ciencia», algo demasiado ambiguo.

Sin embargo, desde la Delegación de Educación afirman que «los centros educativos están muy sensibilizados ante las necesidades médicas de sus alumnos» y por regla general no existen problemas a la hora de buscar la mejor solución para dispensar o guardar la medicación. En este caso concreto, la Delegación asegura que «existe voluntad para resolver el problema» como demuestra el hecho de que se firmase un protocolo con la madre.

José Sánchez, presidente de la Asociación de Diabéticos de Málaga (Adima), asegura que las familias con niños pequeños diabéticos dependen demasiado de la buena voluntad de los profesores del centro ante la falta de una normativa para la custodia o para la administración de la insulina. «Lo mejor en estos casos es conseguir un segundo tarro de insulina para que se guarde bajo llave en el botiquín del centro –puede conservarse a temperatura ambiente–, cuando el niño sea algo más grande y responsable, ponérsela en la mochila para que la lleve siempre consigo», indica. Muchas veces, los problemas vienen por «el desconocimiento» de los profesores, que no saben cómo enfrentarse a la situación.

Síntomas para detectar una crisis

La diabetes es la segunda enfermedad crónica más común en la infancia. Su prevalencia es de 1,5 niños por cada mil habitantes, lo que significa que en la provincia hay medio millar de menores de 15 años que la padecen, según el

presidente de Adima, José Sánchez. Por eso, es indispensable que en los centros educativos sepan cómo actuar ante una bajada o subida de azúcar. Adima realiza charlas cada año para ofrecer pautas a los docentes sobre la enfermedad y los síntomas que pueden avisar de que los niños, sobre todo cuando son más pequeños y no saben expresar lo que sienten, están sufriendo una crisis.